

CÉSAR DOCAMPO

# Costa de Marfil: el fin de la excepción

*Costa de Marfil ha perdido su tradicional estabilidad política y ha entrado en zona de severas turbulencias. Tres grupos rebeldes acosan al Gobierno y controlan la mitad del territorio. Las últimas negociaciones entre las partes en conflicto no han dado todavía sus frutos y las fuerzas rebeldes acusan al Gobierno de incumplimiento de los acuerdos y amenazan con volver a combatir.*

César Docampo es  
analista de política  
internacional

Cuando el viejo patriarca de Costa de Marfil, Felix Houphouet-Boigny, murió en 1993, dejaba tras de sí más de treinta años de una estabilidad política excepcional para la región. Entonces resultaba difícil vislumbrar la profundidad de los conflictos actuales. Las tres décadas de férreo orden y de relativa prosperidad económica daban pie a una considerable cuota de optimismo. Hasta ese momento, la pequeña nación africana (16 millones de habitantes y 332.000 km<sup>2</sup>) había sido un ejemplo de transición colonial. En 1960, Francia acordó el traspaso del poder a Houphouet-Boigny, un político tan compenetrado con la elite metropolitana que hasta había sido diputado de la IV República. El nuevo líder no defraudó a la vieja metrópoli. Con mano firme (no dudó en reprimir a sangre y fuego conflictos al interior de su propio grupo étnico) e inteligencia política logró que el apoyo de París rindiera sus frutos: paz para los viejos colonos y buenos negocios. No sólo para los franceses, sino también para una fuerte comunidad libanesa y una consolidada burguesía nativa que basaba su poder en la economía de la plantación, y de la cual Houphouet-Boigny era su más ilustre representante. Comparado con sus vecinos, la situación socioeconómica parecía envidiable. Los beneficios de la agricultura tropical (cacao —primer productor mundial— y café) se desparramaron por todo el sistema y transformaron a Abiyán, la capital económica del país, en el centro económico y financiero de la región.

No obstante, es necesario evitar una descripción demasiado benévola del régimen. Principalmente en los años ochenta y principios de los noventa, Hou-

phouet-Boigny debió lidiar con crecientes dificultades económicas (caída de precios de los principales productos de exportación y creciente endeudamiento) y políticas (aumento de las denuncias de corrupción y descontento de sectores del interior del país y de los estudiantes). Al final de su vida era evidente que la habilidad política de Houphouet-Boigny para contener los crecientes conflictos menguaba sustancialmente, y que su estilo de gobierno ya se perfilaba claramente anacrónico e ineficaz para una sociedad que se pretendía moderna.

La herencia del patriarca no fue bien administrada. No hubo un claro heredero, en gran parte porque el líder desaparecido se había negado a elegir alguno. Dos hombres disputaron el poder. Donan Bedié, líder del Parlamento; y Dramane Ouattara, primer ministro y ex funcionario del Fondo Monetario Internacional (FMI), un musulmán proveniente del norte con gran raigambre entre sus seguidores. Bedié ocupó el primer puesto porque así lo decía la ley, pero no solo de legalidad vive el sistema. Cuando llegó la hora de la legitimidad, las elecciones, el nuevo presidente comenzó a trastabillar. En parte por impericia política, pero también porque la conformación estructural de la sociedad marfileña sufría de una debilidad congénita de difícil solución. La elite dominante de Costa de Marfil, cristiana y proveniente del sur, es electoralmente minoritaria frente al norte musulmán (el 60% de la población del país), muchos de ellos procedentes de Burkina Faso y otros países musulmanes de la región (Malí, Ghana, Nigeria, Liberia). Houphouet-Boigny no tuvo que afrontar ese problema en las urnas ya que reinaba en un régimen de partido hegemónico con elecciones apañadas, pero fue lo suficientemente hábil para manejar los equilibrios correspondientes dada la peculiar estructura socio-económica del país. No era una mera casualidad que Ouattara fuera el primer ministro en el momento de su muerte, y que varios altos oficiales del ejército también eran de origen musulmán. El viejo líder aplicaba virtuosamente la fórmula de “represión más cooptación”. Pero, después de su fallecimiento, esta “falla estructural” del sistema político marfileño se volvió crítica —por un lado por torpeza política de los nuevos responsables políticos y, por otro, por cambios en las condiciones económicas reinantes que hacían más difícil el reparto de recursos a los diferentes grupos sociales—, y es la clave más importante para comprender la situación actual en el país. Con elecciones libres, el sistema corría el serio peligro de ser arrasado por el voto musulmán y el esquema conformado por Houphouet-Boigny (relativa apertura a los sectores musulmanes, pero con clara hegemonía católica) habría sufrido profundas transformaciones.

Bedié careció de la habilidad política de su antiguo jefe. Revitalizó el discurso nacionalista para neutralizar a la mayoría musulmana. En una sociedad donde más del 40% de la población es extranjera o tiene padres nacidos en otro país, la cuestión nacional no es tema de fácil definición y se presta a manipulaciones de todo tipo, algo que el Gobierno de Bedié no dudó hacer. Las leyes dictadas antes de las elecciones de 1995 fueron estrictas y a Ouattara, por ser uno de sus progenitores nacido en Burkina Faso, se le impidió participar. La jugada era demasiado burda pero, en un país que ya tenía cierta tradición en hostigar a lo extranjero, el montaje funcionó y Ouattara no pudo presentar su candidatura. La legitimidad del triunfo de Bedié, por lo tanto, era endeble. En el ejercicio del poder, el nuevo presidente hizo poco para compensar esa debilidad. Su gestión sufrió varias denuncias de corrup-

ción y hasta los organismos financieros internacionales expresaron su descontento con el manejo de los fondos. Si consideramos, además, que durante la segunda mitad de los años noventa los precios internacionales de varios de los productos de exportación del país habían sufrido severos descensos, era evidente que la situación se había convertido en un cóctel explosivo: baja legitimidad debido a la exclusión arbitraria del principal candidato opositor, deficiente administración y crisis económica. El golpe de Estado de 1999 fue fruto de ese estado de desorden y desgobierno. Lo que pareció un amotinamiento militar por motivos salariales terminó con la destitución del jefe del Ejecutivo y una nueva jefatura política a cargo del general Guei.

El nuevo líder enarboló el clásico discurso sobre la paz, el orden y la limpieza de procedimientos para restaurar el sistema a través de la celebración de comicios transparentes. Las elecciones no se hicieron esperar —en parte por la presión de París y Washington— y se celebraron en octubre de 2000. El general Guei presentó también su candidatura, con muchas posibilidades de triunfo dado que Ouattara y Bedié fueron excluidos. Pero algo falló y fue derrotado por un experimentado político opositor de Houphouet-Boigny, Laurent Gbagbo.

Guei cometió el mismo error que Bedié. Ninguno de los dos intentó o pudo mantener algún tipo de alianza con representantes del norte musulmán. Fue así que el general Guei no dudó en expulsar a varios oficiales seguidores de Alá que no veían con buenos ojos su presentación en los comicios. La integración de los representantes del norte musulmán (extranjeros o no) seguía siendo un nudo altamente problemático del equilibrio del sistema.

## **La doble fractura**

Desde el inicio del Gobierno de Gbagbo fue evidente que los nuevos comicios no parecían haber tranquilizado las aguas políticas del país. Washington se negó en primera instancia a reconocer el nuevo Gobierno y los franceses lo hicieron a regañadientes. Ouattara, por su parte, seguía fuera del sistema debido a una legislación xenófoba y manipuladora de los sentimientos nacionalistas. El general Guei permanecía lleno de rencor por su derrota y con muchos seguidores en el ejército. Y Bedié aún seguía preguntándose como había desperdiciado una herencia política tan jugosa. Como si esto fuera poco, la presencia de Gbagbo en la jefatura del Gobierno era otra fuente de conflicto al interior de los sectores dominantes. Esta vez la naturaleza de la crisis no estaba cargada de religión sino de perfiles étnicos. En un país con más de 60 etnias diferentes, las identidades políticas se conforman de un modo específico. El nuevo presidente pertenece a un grupo étnico del oeste del país (beté) que ha rivalizado tradicionalmente con la etnia que hegemonizó el poder desde la independencia, los baoulé. Este doble eje de tensión: cristianos del sur versus musulmanes del norte, sumados los conflictos al interior de la elite no musulmana, constituye el entramado básico de la crisis.

El complejo esquema de fracturas, donde las identidades son interpeladas y puestas en juego en situaciones de alto voltaje político, es el factor explicativo de que las elites en el Gobierno, sean las encabezadas por Bédié, Guei o Gbagbo, hayan puesto un inusitado empeño en enarbolar el discurso nacionalista. La exal-

*La integración de los representantes del norte musulmán seguía siendo un nudo altamente problemático del equilibrio del sistema*

tación de los valores patrios no es más que un desesperado escudo protector de una elite que se siente acosada y que por lo tanto contra ataca para defenderse y mantener su poder. La virulencia de los discursos se traduce en hechos durante el Gobierno de Gbagbo: creciente hostigamiento a los extranjeros, expulsión de musulmanes de los puestos públicos, expropiaciones y expulsiones. En este contexto, el Foro de Reconciliación celebrado en octubre de 2000, donde estuvieron los cuatro principales dirigentes del país (el general Guei, Bédié, Ouattara, y Gbagbo) no alcanzó acuerdos de ningún tipo. Fue una buena oportunidad perdida para evitar la violencia que se desataría poco tiempo después.

## **2002: crisis y desintegración nacional**

El año que pasó será recordado como el tiempo de las novedades horribles. El alzamiento militar del 19 de setiembre de 2002 ha sido el punto de partida del caos. Las escenas de muerte y destrucción ocurridas en varias ciudades del país hicieron evidente la profundidad de la crisis y la naturaleza de los conflictos.

Al inicio, el alzamiento estuvo preñado de interrogantes y confusión: ¿golpe, amotinamiento reivindicativo, secesión encubierta? Aquel día importantes centros urbanos fueron atacados por grupos armados. En principio, algunos creyeron ver una suerte de movimiento reivindicativo de tropas que se resistían a ser desmovilizadas por el Gobierno de Abiyán. Las autoridades rápidamente acusaron al general Guei de estar detrás de los hechos, pero su asesinato en los primeros días del golpe parece descartar su protagonismo. A pesar de la indefinición del perfil de los alzados, autodenominados Movimiento Patriótico de Costa de Marfil (MPCM), quedó claro desde un primer momento su determinación. Si bien no se hicieron con el control de Abiyán —aunque realizaron operaciones en la misma— sí lograron ocupar la mitad norte del país, especialmente Bouaké, la segunda ciudad más importante de Costa de Marfil. El Gobierno intentó reconquistarla pero fracasó. Poco después se acordó un cese al fuego; el norte musulmán se encuentra ahora alzado en armas.

Y como si de ilustrar mejor la descomposición del régimen se tratara, dos nuevos grupos comenzaron a operar en octubre de 2002 en la zona oeste del país, en la frontera con Liberia: el Movimiento de Justicia y Paz y el Movimiento Popular Marfileño del Gran Oeste. El Gobierno ha denunciado la influencia de Liberia. Se sospecha que viejos combatientes del conflicto liberiano y de Sierra Leona estén combatiendo en la zona. Comparado con el Movimiento Patriótico de Costa de Marfil, que ha mostrado un comportamiento disciplinado, los dos grupos del oeste han operado de forma anárquica, al estilo de las fuerzas militares alimentadas por componentes mercenarios. Estos dos grupos se reconocen como herederos del general Guei (el mismo era oriundo del oeste del país) y claman venganza y la destitución de las autoridades. Es necesario recordar que la zona oeste fue protagonista de intentos secesionistas en los años setenta, los cuales fueron duramente reprimidos por Houphouët-Boigny.

La comprometida situación del Gobierno de Laurent Gbagbo demuestra la debilidad de su sistema de defensa. Si no fuera por la protección francesa, la situación del presidente Gbagbo sería aún más dramática. Las Fuerzas Armadas

de Costa de Marfil nunca conformaron un cuerpo profesional importante porque Houphouet-Boigny no lo consideró necesario (en gran parte para evitar crear instituciones incontrolables). Dados estos antecedentes y sumados los vaivenes políticos recientes, no sorprende la debilidad de las fuerzas leales al Gobierno y que grupos pequeños de amotinados, uno de ellos el MPCM, liderado por un antiguo jefe estudiantil de 30 años, hayan puesto en jaque a las fuerzas gubernamentales y tengan bajo su control la mitad norte del país. El Ejecutivo denuncia que el MPCM es apoyado desde Burkina Faso. No hay elementos todavía para sostener tal aseveración, aunque dado el material utilizado no se descarta que estén recibiendo ayuda externa.

## **Un acuerdo endeble**

Si bien, en enero de 2003, el cese el fuego también incluía a las fuerzas rebeldes del oeste, la situación era muy volátil dado que las violaciones del pacto de no agresión eran más que evidentes (han sido constatadas varias rupturas del alto el fuego por parte de las fuerzas gubernamentales). No obstante, la presión de la comunidad internacional, especialmente de Francia y los países de la región, ha generado las condiciones para comenzar las negociaciones entre los sectores enfrentados.

Francia, con más de dos mil hombres tratando de contener a las partes del conflicto, ha asumido una fuerte responsabilidad.<sup>1</sup> La mesa de negociación se trasladó a París y allí se reunieron los principales partidos, las tres fuerzas militares rebeldes y el primer ministro, Pascal Affi N'Guessan, representando al Gobierno. En ella acordaron modificar la legislación electoral para evitar los recurrentes obstáculos sufridos por candidatos como Ouattara. Pero lo más importante es la conformación de un Gobierno de transición que, en un plazo indeterminado todavía, llamara a elecciones. Gbagbo ha cedido su primer ministro por otro de consenso, Seydou Diarra. Un musulmán del norte, perteneciente a la elite del poder, Diarra parece un actor adecuado a las necesidades del momento. Su experiencia política y administrativa en diferentes cargos públicos lo perfila como un candidato correcto.<sup>2</sup>

Tres semanas después de las negociaciones de París, el Gobierno de transición todavía no había sido formado. Gbagbo se resiste a incorporar representantes rebeldes en su Ejecutivo, mientras que sus seguidores se manifiestan fervientemente en las calles en contra de Francia y a favor de EEUU. Los rebeldes sostienen que les corresponden los ministerios de Interior y Defensa, pero el presidente no lo ha confirmado y se niega a solucionar el *impasse*.

---

<sup>1</sup> Francia pretende conformar una fuerza de paz para evitar estar en la primera línea de fuego. El contingente estaría operando bajo el paraguas de la Comunidad Económica de Países de África del oeste. El principal grupo sería de soldados senegaleses.

<sup>2</sup> Diarra fue primer ministro durante el breve Gobierno del general Guei. También ha sido presidente del Instituto Nacional del Cacao y representante del país en la Organización Internacional del Café, así como embajador en Brasil, Unión Europea y Gran Bretaña. También tiene experiencia en la administración de grandes plantaciones de café y cacao.

## Gbagbo y la búsqueda de opciones

Laurent Gbagbo, el actual presidente de Costa de Marfil, ha realizado la mayor parte de su vida política en la oposición. Viejo militante de izquierda en su época juvenil, en los años ochenta puso énfasis en un fuerte discurso nacionalista. Ahora, con el poder en sus manos —aunque debilitado y con baja legitimidad— resiste con uñas y dientes la presión de sus enemigos. Su Gobierno ha desatado una violenta campaña contra los extranjeros que ya ha dejado centenares de muertos y miles de refugiados. Y sus acusaciones de que los grupos rebeldes están financiados desde el exterior no le ha hecho bien a la convivencia regional.

No menos dureza ha mostrado el presidente frente a París. Sus críticas a lo que considera un débil apoyo recibido desde la ex metrópoli es público y conocido.<sup>3</sup> Apostando a que Francia no tiene otra opción que apoyarlo, Gbagbo se ha mostrado altivo y no ha dudado en violar el cese el fuego que París está intentando controlar. Quizás detrás de este peculiar comportamiento exista una carta oculta: la opción estadounidense. Si se analiza con detenimiento su política de hostilidad a algunos intereses económicos franceses (principalmente su oposición a renegociar los contratos de los servicios telefónicos y de provisión de agua a manos de capitales galos) y su política de apertura a las inversiones de otros países, principalmente a capitales estadounidenses y británicos, es posible concluir que el presidente Gbagbo está a la búsqueda de nuevas opciones políticas y económicas para fortalecer su poder. Visto desde esta perspectiva, la cuestión del petróleo adquiere una particular relevancia. Algunos expertos sostienen que las aguas territoriales que bordean a Costa de Marfil tienen un considerable potencial petrolífero y que en el mediano plazo el país podría convertirse en un exportador de relevancia regional;<sup>4</sup> un escenario donde las compañías estadounidenses estarían muy interesadas en participar.

<sup>3</sup> La presencia e influencia francesa en África ha disminuido de forma progresiva en las últimas dos décadas. Principalmente durante el Gobierno socialista de Lionel Jospin, cuya sensibilidad democrática parecía demasiado exquisita para las duras y desagradables tareas de un continente no apto para estómagos débiles. Esto ha sido percibido por los líderes africanos, entre ellos Gbagbo. El nuevo Gobierno francés, con un revitalizado Chirac, más africanista, a la cabeza, parece querer compensar parte de la desidia del pasado. La presencia en enero de 2003 en Costa de Marfil del ministro de Relaciones Exteriores francés, Dominique de Villepin, con el fin de negociar un cese el fuego, expresa ese renovado interés. Ver Philippe Leymaire, "Dificultades en la cooperación entre Francia y África", *Le Monde diplomatique*, junio 2002; y Philippe Leymaire, "El eterno retorno de los militares franceses a África", *Le Monde diplomatique*, noviembre 2002.

<sup>4</sup> Reed Kramer, "Finding Africa's oil: in deep water", 21 de enero de 2003. En: [www.allafrica.com](http://www.allafrica.com)

No es casual que los seguidores de Gbagbo pidan en las calles la protección estadounidense y expresen su descontento por lo que ellos consideran una traición de Francia. El máximo jefe político en Abiyán se encuentra en una situación política extremadamente difícil y su búsqueda de opciones no cesará hasta agotar todas las alternativas. El tiempo dirá si Washington está tentado a tener una mayor influencia en una zona que ha sido tradicional coto de presencia francesa.

*Cesar Docampo*

THALIA GRIFFITHS

## **Demasiado sofisticada para la guerra**

Costa de Marfil era un modelo de éxito, hasta la crisis actual, producto de una década de descontento. Costa de Marfil siempre ha presumido de ser diferente de sus vecinos. Sus 30 años de dictadura fueron benignos, mientras la economía prosperaba. Tras independizarse de Francia en 1960, invitó a los ciudadanos de sus menos afortunados países vecinos a que acudieran a cultivar cacao y café, o a trabajar en el servicio doméstico o de seguridad de las prósperas villas de Abiyán (capital económica). Acogió también a refugiados de la guerra civil de Liberia, asegurándoles alojamiento con la gente del propio país, no en campamentos.

Este país parecía pues haber ganado la apuesta que, en el momento de la independencia, realizó su presidente fundacional Felix Houphouet-Boigny al presidente de Ghana, Kwame Nkrumah, en la que planteó que el modelo capitalista marfileño, basado en una agricultura de plantaciones y en una economía de mercado mixta, con monopolios estatales en los sectores clave, iba a funcionar mejor que el Estado socialista de Nkrumah.

El modelo marfileño también incluía el aplastamiento de la mayor parte de la oposición política; cerca de 4000 personas fueron víctimas del ejército durante su represión, en 1970, de la rebelión secesionista del Guébié, en el oeste del país. Pero ante lo acontecido al otro lado de sus fronteras, desde la guerra de Liberia hasta los problemas económicos de Ghana, pasando por el aislamiento de Guinea, los marfileños solían darse por satisfechos.

A principios de los años noventa su moneda, el franco CFA, se hallaba tan sobrevaluado que llegó virtualmente a paralizar la producción interna. Pero, mientras los productos franceses de importación continuaran tan baratos, la clase política estaba dispuesta a seguir brindando con champán.

Todo cambió con el fallecimiento de Houphouet-Boigny, en diciembre de 1993. Tras un breve forcejeo, el poder fue tomado por el presidente del Parla-

Thalia Griffiths es co-editora del boletín quincenal londinense *Africa Confidential*

Traducción: Eric Jaláin